

M.^a Consuelo TOMÁS Y GARRIDO y Gloria M.^a TOMÁS Y GARRIDO, *La vida humana a través del cine. Cuestiones de Antropología y Bioética*, EIUNSA, Madrid 2004, 320 pp., 14 x 21, ISBN 84-8469-126-8.

Como se recuerda en el Prólogo, este libro hace justicia a la vocación más elevada del séptimo arte: brillar como faro en la costa de la vida, a menudo oscura y brumosa.

Estas hermanas no intentan hacer un estudio del cine, ni de lo que se ha propuesto el director o el guionista. Miran al cine desde el lado del espectador, ayudándole a buscar en las películas modelos, ideales y actitudes que hagan posible amar de veras la vida humana. Para ello, han escogido una serie de temas vinculados a su especialidad, la Antropología y Bioética, y han indagado pedagógicamente qué películas reflejan mejor la verdadera fisonomía de ambos campos del saber.

En «La vida humana a través del cine» las autoras se sirven de ejemplos de películas actuales para profundizar en temas como el valor de la vida humana, la libertad, los afectos, las relaciones interpersonales, la ecología o la violencia. Sin olvidar títulos tan importantes como familia, trabajo, sexualidad, aborto, eutanasia, etc. En total veinte temas.

La originalidad de esta obra es la ilustración de cada uno de los temas tratados con películas concretas. Y lo hace con títulos sumamente variados: desde producciones comerciales a cine de autor, pasando por películas españolas, europeas y americanas, comedias, dramas, ciencia-ficción, etc.

El punto clave del libro, a juicio de sus autoras, consiste en que se añaden unas pautas para saber ver y descubrir

en las películas el valor de la vida desde los distintos aspectos antropológicos, éticos y bioéticos que contienen los temas desarrollados.

José-María Pardo Sáenz

Réal TREMBLAY, *Vous, Lumière du monde... La vie morale des chrétiens: Dieu parmi les hommes*, Éditions Fides, Québec 2003, 168 pp., 15 x 23, ISBN 2-7621-2491-3.

La vida moral se presenta con frecuencia como la búsqueda de la perfección que otorga la felicidad. Pero esa es solo una de sus vertientes. Réal Tremblay, en esta obra, nos presenta la otra: la vida moral consiste en manifestar el rostro de Cristo para que sea Dios quien ilumine al mundo con su gloria. Una vez que el Hijo ha vuelto al Padre, corresponde a los cristianos hacerlo presente en el mundo.

Desde este punto de vista, y siguiendo a San Ireneo de Lyon, el autor comienza su obra con unas interesantes reflexiones sobre la labor del teólogo: hacer resplandecer de nuevo el icono del «Rey». A partir de los Sermones de la Epifanía de San León Magno, nos ofrece después una visión de la vida moral desde la perspectiva «teofánica», como manifestación de la gloria de Dios y lugar de la presencia divina en el mundo.

Llegamos así al tratamiento propiamente dicho de la temática sugerida por el título del volumen: ser luz del mundo. En un primer grupo de reflexiones, Tremblay considera la cuestión bajo el ángulo de la vida filial, que corresponde al rasgo más importante de la identidad ontológica del creyente. Este punto de vista implica existir *en el Hijo*, es decir, orientado hacia el Padre, hasta

el punto de contribuir a *la realización intramundana de las personas del Padre y el Hijo*.

La moral filial definida como búsqueda y afán por la gloria del Padre es una forma de participación en el ser del Hijo. Más aún: cuando el creyente, en su actuación en el mundo, da gloria al Padre, contribuye en cierta manera a realizar «económicamente» el ser del Hijo. De aquí resulta que la moral filial-glorificación del Padre es algo que pertenece a la ontología filial. Pero Tremblay todavía lleva más lejos su reflexión. Si es verdad que el Padre «recibe» su ser paternal del ser «donado» que es el Hijo, se puede decir que la moral filial contribuye, no solo a manifestar a los ojos del mundo la presencia del Padre y a suscitar su alabanza, sino también a realizar «económicamente» su identidad. La afirmación puede resultar sorprendente, pero, una vez demostrada, otorgaría a la vida moral una dignidad única y fascinante.

En el segundo grupo de escritos, el autor parte de la persona del Hijo encarnado, en la que se conjugan los dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo. Unidos al ser del Hijo, estos mandamientos alcanzan cimas que no son accesibles más que a Dios. Por la fe y el bautismo, los creyentes llegan a participar del ser filial y, por tanto, de los mandamientos que le están unidos. De ahí se sigue que la perfección cristiana se convierte en presencia del Hijo en el mundo, presencia que está en íntima relación con la presencia eucarística y, por tanto, con la promesa del Señor de estar con nosotros hasta el fin de los tiempos. También a partir de aquí se puede apreciar la gran dignidad de la vida moral.

El autor estudia a continuación el puesto esencial del Espíritu Santo en la vida moral cristiana, entendida como

presencia del Hijo en el mundo. Surgiendo de las profundidades del Hijo, de su corazón abierto en la Cruz, el Espíritu se inserta en el corazón del hombre, para realizar allí su obra filial y suscitar una moral del bien imprevisible, conforme al rostro siempre nuevo del Dios viviente. Muestra así Réal Tremblay cómo el Espíritu hace de la moral una moral del «corazón», es decir, del desbordamiento, de la sobreabundancia, de la fantasía, de lo imprevisible, que va más allá de los límites y de los cálculos de la razón, en los cuales incluso los creyentes tienen siempre tendencia a encerrar su conducta.

Por último, no descuida el autor la reflexión sobre el papel de la Virgen María en una moral de la presencia de Dios en el mundo, pues Ella, por su sí al Ángel de la Anunciación, permite al Padre realizar su designio de amor *pro nobis*: introducir literalmente su Hijo en el mundo.

Precediendo al epílogo, el autor inserta un interesante estudio en el que confronta la ley natural con el misterio de Cristo. Tremblay intenta responder a una antigua cuestión desde un nuevo punto de vista. El misterio de Cristo ¿es una amenaza para la ley natural, anula su propia consistencia, o, por el contrario, le abre nuevas dimensiones que, lejos de debilitarla o de alterarla, la dilatan y le permiten jugar verdaderamente el papel de acercar a los hombres entre ellos y con el Dios viviente?

El camino habitual para responder a esta cuestión parte de la grave crisis de identidad que atraviesa la razón, lo que exige de la Iglesia que la defienda, por una parte, recordándole su dignidad y su capacidad de acceder al ser que lleva a la verdad, y, por otra, invitándola a permanecer abierta a lo que la sobrepasa. Tremblay propone, para conseguir el

mismo objetivo, otro camino, en cierto modo inverso, pues parte de Cristo para llegar a lo *humanum*, a la razón. Ese punto de partida es, concretamente, el ser del hombre a la luz de Cristo: el hombre es un ser predispuesto a la filiación adoptiva o llamado a formar parte de la Familia trinitaria, predisposición o destino que se traduce en el hecho de ser persona, de estar abierto al Otro y a los otros. Los conocedores del pensamiento teológico de Réal Tremblay verán aquí una concreción más en el desarrollo coherente de su planteamiento de la vida moral a partir de la primacía fundamental de Cristo, Hijo de Dios, sobre el ser del hombre.

Un grave problema que ha sido objeto de debate durante los últimos decenios podría formularse así: ¿cómo puede ser Cristo la condición de posibilidad de una moral para todos? La puesta en práctica de una moral centrada en la persona de Cristo, ¿no sería un obstáculo para la concepción de una moral universalmente válida? La perspectiva de la vida moral que nos ofrece Tremblay, y que va exponiendo paso a paso a lo largo de sus obras (¿cuándo las veremos traducidas al castellano?), nos parece especialmente acertada para dar una respuesta cabal a semejante cuestión.

Tomás Trigo